

## **Seguir viviendo.**

Han pasado 6 años, 3 meses y 24 días de la última vez que hablé con mi madre. ¿Nuestras últimas palabras? - Te amo, saludos a mis tíos -. El 13 de agosto de 2011 fue la última vez que escuché esa voz ronca de Lucha Villa con la que hablaba a diario. Después de eso, silencio y caos.

¿Dónde me encuentro? Me encuentro resignada. Me resigné a no encontrarla, a no encontrarlos, a no poder sepultarla ni llenarle su funeral de flores y de música. Me resigné a no llorarle como loca mientras su féretro bajaba, me resigné a nunca tener en papel el comprobante de su muerte, me resigné a tener que matarla en mi mente. Me he resignado a tener períodos de insomnio prolongados en donde la sueño, la veo y no la puedo tocar. Sueños en donde siempre regresa desde donde estaba y le paso el reporte de lo que pasó y lo que hice, sueños recurrentes en donde le reclamo su ausencia, cuando yo sé que su ausencia fue voluntaria.

Su ausencia, la de ella y la de mis tíos, no fue voluntaria como la que experimento ahora, la del hombre del que me enamoré perdidamente y que me dejó hace 5 meses. Era una relación muy tóxica, debo admitirlo, pero mi desorden dependiente necesitaba esa esperanza de alguien que me diera ese amor que se me fue con ella. Esa familia que sentía que ya no iba volver a tener. Yo decía, después de haber sobrevivido la desaparición de mi familia, de MI MADRE; lo demás serán pequeñeces en mi vida. La verdad es que nunca me habían roto el corazón así, a mis 32 años me enamoré por primera vez.

Y bueno, esta separación obligada me hizo regresar a terapia, un corazón roto y abandonado me llevó a aceptar que necesitaba volver a trabajar eso que estaba adentro tan desordenado. He trabajado todo menos el desamor del novio que me dejó. La primera vez (hace 6 años) que fui a terapia, casi me forzó el gobierno como condición para la búsqueda, la idea y el apoyo era de 3 meses como máximo y duré casi dos años yendo cada semana a las oficinas de PROVICTIMA

de la Ciudad de México. Cada vez que llegaba veía gente distinta, con historias distintas, pero todas llenas de horror en los ojos, se les notaba, yo lo veía, lo sabía distinguir. Lorena, mi psicóloga, fue muy clara desde un principio: con la terapia no vamos a resolver la desaparición de tu mamá y tus tíos, solo vamos a acomodar las cosas en su sitio, en tu mente. No quiero leerme malagradecida, ella fue una bendición entre tanta tragedia. Pero cuando te dicen que dejes de buscar a tu madre porque lo más probable es que los derritieron en ácido, ni dos años de terapia semanal son suficientes.

Por fin acepte que ya no quiero seguir buscando, ya no quiero volver a entrar a una oficina de gobierno fría, en donde una funcionaria sin conocimiento de lo divertida, ni amorosa, ni extraordinaria que era mi madre, me diga que encontraron restos en una cocina, el lugar donde los narcos descuartizan y queman a mis seres amados. Ya no quiero volver a firmar cartas de autorización para que me saquen sangre que no quiere salir, porque mi cuerpo se hela cada vez que pienso en el destino final de mi mamá y mis tíos. No quiero volver a sentarme y escuchar sus excusas pendejas de investigaciones que no llevaron a nada. Ya no sé si quiera si quiero volver a marchas que son tan importantes para mí, pero que siempre me recuerdan el dolor tan hondo que compartimos tantos. No quiero volver mi vida un homenaje al dolor, un sacrificio al sufrimiento, quiero seguir adelante. Me he resignado a seguir viviendo sin encontrar respuestas, sin tener sepulcros, sin tener cierres.

Me encanta navidad y me encanta esta época, pero la nostalgia de no estar con ella me cala hondo y ahora sin él que creía que era el amor de mi vida, me siento más sola que nunca. Tengo a mi papá y a mis medios hermanos que adoro, tengo amigos que son más que familia, tengo una gata que duerme arriba de mi como si no estuviera obesa y tengo un trabajo que disfruto mucho, pero este vacío se siente a veces más profundo en estas fiestas decembrinas. Pienso, ¿Por qué a mí?

¿En qué momento de mi historia me encuentro? Me encuentro en ese momento de seguir viviendo, de curar este corazón roto, que por más banal que parezca me dolió casi como haber perdido a mi familia. Tal vez porque puse demasiadas esperanzas en tener otra familia con otra persona. Pero tengo claro que tengo ganas de seguir viviendo. De honrar el destino, cualesquiera que haya sido, de mi madre y mis tíos. Tengo ganas de dormir 8 horas seguidas, tengo ganas de que mi resignación no suene a derrota, si no a voluntad por la vida, por esta vida para la que ella me preparo desde niña. Me encuentro buscando arreglar mi desorden interno, está ansiedad que busco llenar con mil actividades, con comida, con amor de pareja, esta autocompasión que nos da a las víctimas, tengo ganas de dejar de ser la hija y sobrina de los desaparecidos.

Pero sobre todo tengo ganas de amar en libertad, sin el apego que inevitablemente me hace desesperada e inatractiva. Quiero amar sabiendo que quienes se fueron me amaron mucho y aún lo hacen desde donde se encuentren. Tengo ganas de estar plenamente feliz con la familia que tengo, con mi papá y su esposa, con mis hermanos que no me aman como yo a ellos, pero con lo que yo los amo me basta. Con mi gata y mis amigos, con mis tías postizas que fueron la mejor herencia de mi madre. Con la esperanza de encontrarle sentido a estar aquí sin ellos, sin haber sacrificado mi juventud a búsquedas que no llevan a nada. Quiero seguir viviendo.

### **Las Artemisas**

Me llamo Artemisa, nombre original, pero en realidad nada original porque así se llamaban mi abuela y mi mamá. En realidad, me iba a llamar Aristófanes, como el hermano favorito de mi mamá, pero resultó que el ultrasonido y el ginecólogo se equivocaron y decidí nacer mujer, así que lo más práctico fue ponerme Artemisa. Me gusta, porque pienso en el amor de mi padre a mi madre para dejarla escoger esos nombres, me gusta pensar en esa complicidad que no conocí porque se divorciaron cuando yo era muy pequeña.

Me gusta esa historia, pero me gusta más la historia de los nombres de mi familia. Mi abuela era de Sonora y no sé por qué, allá Artemisa es un nombre muy común. Mi abuelo José se enamoró inmediatamente de ella, tenía unos ojos azul turquesa y una presencia tremenda ¿quién no iba a organizarle un baile? Cuando se casaron a mi abuelo le llamó la atención el origen del nombre Artemisa; que es de la Diosa griega de la caza, la fertilidad y los bosques (entre otras cosas), así que se dio a la tarea de leer sobre mitología y todos sus 8 hijos les fue dando nombres de mitología o griegos, Héctor, Yolanda, Mario Sigifredo, Octavio, Aristófanés, Ariosto, Arquímedes y el de la menor, Artemisa.

Artemisa también fue la Diosa pagana más popular después de Cristo, a donde fue a predicar el apóstol Pablo en Éfeso después de convertirse en cristiano. Yo, que soy católica por voluntad propia en una familia protestante, me gusta la rebeldía del nombre pagano.

Me gusta mi nombre porque durante 21 años fuimos las tres Artemisas en una casa: Doña Artemisa mi abuela, la Sra. Artemisa mi mamá y Artemisita, ósea yo. Cuando alguien llamaba por teléfono y preguntaba por alguna la pregunta obligada era: ¿la grande mediana o chica? Me gustaba esa complicidad de las Artemisas, me gustaba portar el nombre de mujeres tan diferentes pero que compartíamos la misma fuerza y voluntad por la vida. Me gusta mi nombre porque es el de ellas y es el mío, porque cuando lo digo recuerdo a las mujeres que me dieron vida y hogar, recuerdo las mañanas cuando Doña Artemisa a las 6 a.m. ya estaba regando el jardín, como Artemisa mamá ponía café muy temprano y yo me preparaba para ir a la escuela. Me encanta haber sido parte de ese trío de mujeres que me dotaron de herramientas y habilidades para vivir ahora sin ellas (porque en mi mente pensaba que siempre íbamos a estar juntas). Me encanta mi nombre porque me recuerda de esa época de mi vida en donde mi casa era el centro familia por tener a la matriarca, porque mi nombre empieza con A y siento que es de primicia y de liderazgo.

Mi nombre me da fuerza y me recuerda de dónde vengo, me encanta mi nombre porque además solo conozco a dos que tres que se llamen igual y a mí me gusta resaltar. Me encanta decir Artemisa Belmonte porque nadie más se llama así

De niña me decían gorda, lo cual obviamente no me encantaba, pero conforme fui creciendo y perdiendo el peso empezaron a decirme Artemisita. Luego mis amigos Arte y el público en general Artemisa. Mi mamá me decía Michita, diminutivo de Micha (sobre nombre a misa). Me gusta aún ser Artemisita para las amigas de mi mamá y parecerme tanto a ella en los gestos y en la forma de ser.

A veces me pregunta la gente, si tienes una hija ¿le pondrás Artemisa? Y pienso de entrada que no, porque ahora soy egoísta y no quiero compartir esa parte de mi vida que fueron las tres Artemisas, pero tal vez me inunde el amor y la haga participé de esa magia que fueron las tres generaciones.

## **Yo soy Artemisa**

Yo soy Artemisa. Hija y nieta de las Artemisas, hija de la mujer más extraordinaria que he conocido y de un periodista, imperfecto pero mío, el mundo para mí. Soy sobrina de hombres de la Sierra de Chihuahua, vaqueros, hombres de palabra y otros de Dios, pero hombres buenos a quienes he amado tiernamente.

Yo soy resiliente, tengo la voluntad de ser feliz a pesar de todos los fracasos. Soy consciente de que la vida no es ni será fácil nunca, pero todos los días me levanto agradecida por lo vivido, por lo pasado, por lo que vendrá y por la oportunidad de estar aquí. Soy fuerte y valiente, a veces temeraria, pero prefiero vivir momentos, tomar riesgos, a vivir una vida aburrida sin historias que contar. Soy la humana de una gata que cree que soy de ella, soy la madrina y tía de niñas extraordinarias. Soy amiga a veces informal, pero siempre leal de mujeres valientes como yo.

Soy una mujer guapa, pero con muchos defectos; a cada rato subo y bajo de peso, tengo acné aún y dientes medio chuecos, pero soy coqueta y soy femenina, soy hermosa y cariñosa. Soy amorosa con mis amores y soy empática. Soy atlética, no la Más atlética, pero tengo un cuerpo al que lo llevo al límite y siempre me responde, estoy llena de cicatrices de caídas, de raspones, de mordidas de animales, pero no me molesta porque son mi prueba de que he vivido.

Me da miedo vivir más tragedias, me da miedo que mi vida sea como una de esas que lees en los libros, una Kennedy o simplemente repetir historias de mi familia. Por eso trato siempre de estar consciente de lo que pienso, de lo que atraigo, de los círculos y patrones que hay que romper. Me da miedo no ser feliz, perder mi voluntad tan golpeada por la vida, a la felicidad. Me da miedo no ser amada plenamente por un hombre, poder tener una familia, un compañero, hijos. Pero a la vez tampoco tengo miedo a ser una mujer libre, que no se amargó la vida por ser sola y que ha vivido su vida al máximo.

Espero siempre tener la voluntad de vivir, de seguir adelante. Espero algún día poder contar mi historia a mucha gente, escribir uno o varios libros, dar conferencias y motivar a mujeres a ser mejores. Espero tener una familia, ser muy amada y ser muy apreciada. Espero morir de vieja y llena de aventuras que recordar. Espero contar siempre con un círculo de amor y de amistad en quien poder recargarme.

Mi mundo es una serie de casualidades, aventuras, tragedias y alegrías. He sufrido lo inimaginable, lo peor que le podría pasar a alguien. Pero también he disfrutado y reído a mas no poder, mi mundo es de alegría, de pastillas para dormir, de risas, de llanto y de café. Mi mundo es mi boca roja y las uñas siempre arregladas, mi mundo es mi departamento pequeño pero mi espacio y mi refugio. Mi mundo es de recuerdos de una familia amorosa, en donde fui siempre la consentida, mi mundo es de vivir ahora el amor de mi padre al máximo y la

complicidad con mis hermanos. Mi mundo ahora es de buscar el amor bajo mis condiciones y de ser feliz a pesar de todo lo que pueda vivir. Mi mundo es amor, gratitud, risas, llanto y recuerdos.

Esa soy yo. Yo soy Artemisa.

## **Más que palabras**

I

*Te amo mijita*; esas fueron las últimas palabras que me dijo mi madre. Teníamos ya varios años viviendo separadas, 5 para ser exactas, pero ella quería que le llamara a diario. Razón por la que creí que sería buena idea sacar dos equipos en esa compañía telefónica que tenía radios y celular, así hablábamos dos o tres veces al día sin tanto costo.

*-¡Ay mamá! pero si hablamos ayer, no ha pasado nada relevante entre ayer y hoy.* Le decía yo, como cualquier hija floja que se creía ya muy independiente a los 26 años, *-¡Me vale madre! ¿Qué te quita hablar con tu madre 5 minutos al día? NADA y a mí me hace muy feliz-*. Y pues sí, tenía razón. La última vez que hablamos no duramos más de los 5 minutos, pero la sentí tranquila, en paz. Me dijo que mis tíos estaban bien, que estaba platicando con una prima a la que después me iba a presentar y que estaba muy agusto. *- Ándale pues mami, saludos a mis tíos, love you-* y ella respondió con un *-Te amo mijita-*.

Hace algunos años pude platicar con esa mentada prima de ella, quien me dijo que ese día la vio feliz, muy guapa, riéndose con sus hermanos a pesar de la tragedia tan enorme que estábamos viviendo, la desaparición de mi primo. Pero que la vio muy contenta, llena de alegría, con un traje amarillo de pantalón y chaqueta que contrastaba con su piel morena y la hacía ver más alta y le daba más color a su ya ronca voz. Quiero creer que el día que los desaparecieron, el día después de nuestra última llamada, ella iba vestida así, tal vez no, pero quiero

imaginar su último día de amarillo vivo, con su boca roja y sus uñas impecables, así la veo enfrentando a la muerte, digna, hermosa.

Esa filosofía tan simple y a la vez tan compleja de mi madre, se ha quedado en mi mente por años, las cosas se dicen en el momento que se sienten. No se dicen cuando la persona no está, no cuando ya no hay oportunidad de haberlas dicho, o cuando se añora haber hablado unos minutos más, se dice en el momento; se habla cuantas veces sea necesario con quien uno ama, se le dicen todas las cosas cada vez que se dejen de ver, aunque todas las cosas quepan en dos palabras tan sencillas como un te amo. No nos quedamos con nada, nos dijimos todo en 5 minutos. A diario, constantemente, cada vez que la hacía enojar por malcriada y que me castigaba por tomar demasiado sin tener edad, me dejaba una carta explicándome sus razones y las firmaba siempre con sus sentimientos, te amo, eres lo más importante para mí. Esa fue la lección más importante que me enseñó mi madre, cada momento cuenta, aunque sean 5 minutos por teléfono.

## II

- *¿Cómo? ¿A quién estás buscando es a tu mami?* - y con esas palabras una enfermera sin nombre me pinchó el dedo para sacarme una gota de sangre para una prueba más de ADN. *-A mi mamá y a mis tíos-* le respondí yo. Cuando se me llenaron los ojos de agua, la mujer entendió que en la escuela de enfermería no le habían explicado cómo tratar con la hija única de una de una mujer desaparecida. El tacto, a los Godínez de la justicia de la SEIDO es una de esas pocas cosas que no les enseñan, un expediente más, un caso más, un folio más. Pero para mí se iba toda la vida entera en esas hojas de papel que simulaban buscar que había pasado con los amores de mi vida.

Después de eso, la Ministerio Público que me atendía, me enseñó sin tacto las fotos del jeep Cherokee verde en la que los levantaron, quemada hasta su más mínima expresión, sin asientos, sin volante, puro metal, en lo más remoto de la

sierra de Chihuahua, al límite con Sonora, para allá se habían llevado la troca y seguramente, sin certeza como todo de este caso, los habrían sepultado, quemado o desintegrado. Las vi mientras contenía las lágrimas y como la canción de José Alfredo Jiménez, me *aguanté hasta donde pude, termine llorando a mares* en la Alameda de la Ciudad de México, no sé cómo crucé calles, como entre ese río de gente que siempre tiene la ciudad, logré sentarme en una banca y llorar por esa crueldad, por esa frialdad.

¿Estás buscando a tu mami? -. Yo tampoco podía entender esa expresión, como a la mujer que más amaba la podría estar buscando en expedientes, en oficinas, lo más lejano del lugar de los hechos, porque al lugar en donde desapareció no me podía acercar. Ese fue uno de los muchos lugares de la Ciudad en donde con lágrimas y a gritos; con cientos de personas a mi alrededor intente darle sentido a una realidad nueva, que solo le pasaba a otras personas, que parecía tan de película, tan fantasiosa, intente darle sentido a mi vida.

### III

*Ya no puedo ser tu novio.* Con esas palabras el amor de mi vida me dejó, después de dos años juntos y por teléfono, el hombre con el que creí que terminaría mis días me terminó. El que me había jurado morir antes que yo porque la vida sin mí no tenía sentido, el que me había pedido paciencia para estar juntos, el que decía que NECESITABA de mí para poder vivir, daba por cerrado el único capítulo que tenía sentido en mi vida.

Después de que me hizo bajar 30 kilos para poder estar conmigo, después de que le hice la mitad de la maestría en línea, en inglés y de números (que no veo desde la preparatoria, o sea hace 16 años), después de los kilómetros que viajé en carretera para ir a verlo, de las madrugadas en que venía manejando sola con 4 o 5 horas de sueño, después de verlo. Con esa frase me dejó ir después de presentarme a sus padres, tíos, hermano, sobrinos, a su hija de 6 años.

Así el amor de mi vida me dio en la madre y me rompió el corazón después de tantos momentos de intimidad, de carcajadas en la cama, de horas enteras entregándonos el uno al otro, de días enteros viendo películas o alguna serie, de aventuras en la playa y en mi casa. Después de 745 días me dejó en libertad como él lo llamó y me ató a un dolor que yo no creía posible pudiera experimentar después de haber perdido a mi madre y tíos, me cerró la puerta en la cara y con ello derrumbo mis castillos en el aire, a nuestro hijo que aún no teníamos, pero ya habíamos nombrado Aristófanes, de haber construido un negocio exitoso entre los dos, de habernos comprado una casa en la playa, después de las noches acompañando a su madre en su enfermedad. Así se rompe un corazón, con unas simples palabras y una llamada telefónica.

### **Mis mapas.**

I

Cuando tenía como 6 años, mi papá me regaló una bola de cristal con plastilina adentro, de niña no supe bien que era, siempre creí que era como un mundo, pero ahora caigo en cuenta que era un pisapapeles. No sé porque me lo dio, años después se la llevé, triunfante creyendo que el recordaba exactamente que era y con qué intención me la había dado, pero si algo les heredé a mis padres es ser despistada, así que cuando la vio me dijo, ¿Qué es? ¿Yo te la di?

Pero no importó, para mí era un símbolo de la existencia de mi padre, de su presencia en este mundo y en mi vida, de que ahí estaba, tal vez esa bola de cristal fue la representación física del amor que le he tenido siempre a mi papá, que no necesita explicaciones, que no necesita tener una razón de ser, que simplemente es.

Desde niña esa bola se convirtió en uno de mis mayores tesoros, con los mil cambios de casa que vivimos mi mamá, abuela y yo, siempre era lo primero que

empacaba, la tenía conmigo en todos lados y está conmigo aún como parte de mi identidad, un recordatorio de que el amor incondicional así es, sin preguntas con respuestas lógicas, simplemente es.

## II

En mis 34 años, he querido hacer muchas cosas en la vida, entre ellas ir a un mundial de futbol soccer. En el 2010 casi lo hacía, compre boletos de avión para irme a Sudáfrica con un “amigo”, pongo entre comillas amigo porque en realidad no éramos, pero a mí me encantaba, así que cuando salió el tema a la plática y por cortesía me invitó, no lo pensé dos veces y compre los boletos más caros del mundo para ir.

Mi mamá, como buena mamá nortea, me alcaheteaba todo y pa pronto les llamo a mis tíos para contarle la noticia. Mario, uno de los mayores, era un vaquero de esos de a de veras. Montaba a caballo, tenía vacas, sembraba la tierra, andaba siempre vestido impecable con sus pantalones Stenson, sus botas vaqueras, su camisa y tejana. Teníamos un vínculo muy bonito, de niña le temía por su voz fuerte y manera de hablar, pero conforme fui creciendo lo fui idolatrando, porque así idolatramos las Ibarra a nuestros hermosos hombres. Un día que vi a mi tío en Cd. Juárez, me pregunto –oiga y ¿cómo la voy a reconocer en la tele? - Ahh tío, pues no lo había pensado, yo creo que me llevo una manta que diga Chihuahua o algo- y se quedó muy serio pensando. Regresé a mi vida en la Ciudad de México y después de dos semanas recibí en mi casa una hermosa tejana de terciopelo café, tejana que era de él y que él me regalaba para que me pudiera ubicar.

Para entender la seriedad de lo que acababa de hacer, es importante mencionar que mi tío no era un hombre sentimentaloides, como buen vaquero y hombre de la sierra, era seco y renegado, maldecía en cada frase y no tenía pelos en la lengua. Se llevaba mejor con los hombres, pero siempre fue un caballero. Llegaba a la

casa de visita viendo que desperfectos arreglaba para después ponerse a cocinar barbacoa o pescado frito. Una verdadera delicia.

Así que recibir aquel símbolo de amor y de aprobación en forma de sombrero, fue abrumador y emocionante. Al final termine por no ir al mundial, pero tengo el sombrero conmigo siempre y en la casa en la que este. Cuando cumplí 30 años quise tomarme unas fotos con la tejana y unos vestidos mexicanos que eran de mi mamá, era mi manera de hacerles un pequeño homenaje. Espero algún día poderle contar a mi hijo Aristófanés esto mientras le regalo mi tejana.

### **Mis Artemisas**

Mi mayor eco, ha sido mi madre. Lo digo en presente porque a casi 7 años de su ausencia, sigo encontrando enseñanzas escondidas, mensajes en sueños, me percató que sabía mucho más de lo que mi joven sabelotodo quería aceptar. Tenía un carisma tremendo y una personalidad que imponía, tenía dos vicios que amaba, el café y el cigarro, en su refrigerador siempre encontrabas café, cervezas, queso y tortillas de harina. Le encantaba nadar y caminar, en sus últimos años padeció de presión alta, pero además de la medicina, con el ejercicio y sus rituales naturistas como la leche de alpiste, se lo controlaba. Mi mamá fue la última de ocho hermanos, fue concebida como producto de una violación de mi abuelo a mi abuela que en ese entonces tenía más de 40 años y no pensaba en volver a tener intimidad con su infiel marido. Nació a mediados de los 50's, en una familia Chihuahuense en donde a los hermanos mayores se les respetaba y lo que el patriarca decía era ley. Su primaria la hizo en una escuela de monjas en Chihuahua en donde le enseñaron que a Dios había que temerle y no amarle, que Jorge Negrete era pecaminoso y que las muchachas de bien no andaban soñando con ínfulas de grandeza. Pero mi mamá era diferente, nació con derechos que ni mi abuela, ni su hermana mayor (que le llevaba 20 años) tuvieron: derecho a votar, a divorciarse, a decidir cuantos hijos tener con la píldora, fumaban y hasta estudiaban una carrera, ella siempre supo que no nació para ser igual a nadie.

Estudió en el Colegio de Monjas hasta que la familia se volvió protestante entonces entro a un colegio laico y fue a vivir con su hermana y cuñado, que se volvieron por unos años sus figuras paternas, en realidad fue un tiempo muy breve en el que no vivió con mi abuela, ahí ella conoció a los Testigos de Jehová y dejo la fe católica para hacerse del círculo de los que si van a recibir la vida eterna. Después dejo el pequeño pueblo de Anáhuac en donde vivía con mis tíos y estudio la Preparatoria y Carrera en Chihuahua, ahí creo yo que se desarrolló completamente quien fue Artemisa Ibarra, le gustaba el socialismo y marchaba con los estudiantes, empezó a fumar porque era lo que estaba de moda en ese momento.

Le faltaron dos semestres para terminar la carrera cuando estalló la huelga en la Universidad de Chihuahua lo que la hizo mudarse con mi abuela a Ciudad Juárez, de donde ya nunca se iría. Desde los 17 años mi mamá mantuvo a mi abuela, así que a donde fuera Artemisa iba Doña Artemisa. En la frontera comenzó a trabajar como cajera de un Banco y ahí hizo una carrera fructífera, mujer carismática, no tardó en hacer amigos y en conseguir pretendientes. Era alta como los Ibarra, delgada, de tez morena y la única hija sin ojos de color, no los necesitaba porque tenía unas pestañotas que resaltaban su belleza única, siempre con el cabello corto y chino, siempre con las uñas arregladas y la boca roja. Se notaba a donde llegaba porque su presencia imponía y su voz, su voz es un tema aparte; ronca como Lucha Villa, su voz era inolvidable.

Le gustaba leer mucho y no era para nada tonta o inculta, pero no dejaba sus raíces rancheras, prefería el conjunto norteño y el mariachi al rock y al disco, le chocaban los hombres inútiles que no sabían cambiar llantas ni hacer cosas con sus manos y lo que más disfrutaba en la vida era estar con sus hermanos. Después del banco comenzó a vender seguros, en una de esas raras veces que veía a mi abuelo, éste llevo de visita con la sorpresa de que le iba a regalar un carro, cuando fueron a comprarlo se apalabro con la secretaria adolescente del

dueño de la agencia a quien le dijo, por cada cliente que me recomiendes te llevo a comer al restaurante más caro de la ciudad, y así fue como conoció a mi tía (postiza) Lupita, quien a su vez le decía tía a mi mamá. Mi tía Lupita dejó de trabajar para el vendedor de carros y empezó a ser la secretaria del director del periódico “El Correo” en Ciudad Juárez, un periodista que además era corresponsal en Juárez de ECO y 24 Horas. Un día, mientras visitaba a su “sobrina” Lupita, salió el Director y se presentó con ella (aquí es importante hacer un paréntesis para notar que mi mamá era la persona más despistada del mundo) y aunque le pareció guapo el hombre de ojos de moro, no recordó ni el apellido ni el puesto; hasta que después de una semana de recibir flores a diario de un tal Sergio Belmonte mi tía Lupita le tuvo que decir que era mi papá y que era su forma de invitarla a salir.

Mi papá fue el hombre de la vida de mi mamá, se enamoró perdidamente de su carácter tosco y de lo detallista que era, ahora con todo lo que he trabajado en mí en terapia, entiendo que la ausencia de mi abuelo en su vida, genero un vacío en mi mamá que mi papá compensaba. Era (y sigue siendo) un hombre muy protector, detallista y romántico hasta la medula y atrabancado como buen norteño. Así que muy a pesar de los consejos de mi abuelo y sus hermanos, se casó con él. Pero mi mamá era una mujer que no podía ser sobajada, ni minimizada, y la inmadurez de mi papá y su carácter explosivo lo hacían un hombre de reacciones violentas, de palabras hirientes; ese matrimonio estaba destinado a fracasar, mi mamá era la chiquita de sus hermanos, quienes siempre la cuidaron y consintieron, su papá le decía Mayesita, diminutivo de madrecita. Era cosa de tiempo (y de la infidelidad de mi papá) para que terminaran en divorcio, pero gracias a ese breve matrimonio nací yo.

Estaba guapísima, de 30 años y ya divorciada, pues lo lógico era que pasara su duelo con whisky y mariachi. Le llevaba serenata a mi papá la canción de “Leña de Pirul”, esa que dice: “Pobre leña de pirul que no sirves ni pa arder...” hasta que salía mi papá iracundo a correrla. Le dolió en el alma la traición, pero sabía que no

podía perdonarlo. Esa época de parrandera le costó la expulsión de los Testigos de Jehová, quienes no le perdonaron que además de divorciarse, fuera mujer ambiciosa y altiva. Así que decidió ya no volver a ser esclava de ninguna ideología, me regalo que yo decidiera a que religión pertenecer pero me crio como cristiana/Testigo de Jehová, a mi casa iba cada semana una hermanita a darme estudio bíblico y tenía que acompañar a mi abuela todos los domingos al salón del reino, cuando fui más grande me dio además la libertad de estudiar con los mormones, cristianos y católicos; y cuando le dije que iba a bautizarme como católica, a pesar de su asombro, me respaldó y acompañó en mi bautismo.

Mi mamá tenía talento para las ventas y aventuras para aventar pa arriba. Después de los seguros abrió una boutique de ropa importada, la cual fue muy exitosa pero que le costó pasar una semana en una cárcel en Torreón, uno de los lugares a donde iba a comprar la ropa. Resulta que no quiso acostarse con el Administrador de la Aduana que sabía bien que mi mamá importaba otra parte de la ropa de Los Ángeles, así que decidió meterla a la cárcel para darle un escarmiento. Ahí llegaron sus hermanos Yolanda y Arquímedes, mi tía cargando su caja de joyas para pagarle al abogado y después, mi papá llevo a ayudarla. Mientras todo se aclaraba, mi mamá se hizo amiga de las reclusas y consiguió trabajo lavándole la ropa al narco más importante que estaba en la cárcel, así de perdida ganaba algo de dinero por mientras.

Pero la Boutique fracasó, así que después pidió un trabajo como la representante de ventas en Chihuahua de una marca de pañales mexicana que pedía como requisito profesionistas titulados, pero ella se sabía vender así que les dijo que quería el puesto sin título y también quería mucho más de lo que le ofrecían de sueldo y se lo dieron. Fue la mejor representante de la empresa por muchos años de los pañales, varias veces me tocó vestirme de osito Chicolastic para promover los productos en alguno de los eventos que se le ocurrían para promoverlos, que,

si él bebe Chicolastic, la olimpiada de los bebes, el cupido Chicolastic, etc. Después inició su negocio, junto con el que fue el amor de su vida, el Sr. Pacheco, su novio que le llevaba unos 15 años y que la conoció cuando trabajaba en el banco, pero hasta muchos años después se atrevió a cortejarla.

El negocio, que era una distribuidora de pañales a tienditas de barrio, fue un hitazo. Le iba muy bien y eso nos permitió tener una vida bastante cómoda a las tres, trabajaba de lunes a sábado y eso me molestaba mucho porque de verdad la extrañaba, pero siempre estuvo a las 2 en la casa para comer juntas y cuando llegaba a la casa después de una jornada de trabajo hasta anochecer, escuchaba sus tacones que cerraban la reja de la puerta y se acercaban a mi cuarto, para encontrarme ya “dormida”, darme un beso y bendecirme, cada noche lo hacía. Cuando le dio por trabajar los domingos y además ver también al Sr. Pacheco, le pedí que no lo hiciera porque ese era nuestro día, y así lo hizo, siempre respetaba mucho mis pensamientos. La distribuidora quebró por problemas de inseguridad, de malas decisiones y mala administración, lo que dejó a mi mamá en la bancarrota, sin su pareja de 13 años y además peleada con uno de sus hermanos más queridos por dinero. Esa fue la primera vez que vi a mi mamá en depresión.

Siempre tuvimos una muchacha que nos limpiaba la casa, porque decía ella que tenía un “amparo vitalicio contra los quehaceres del hogar”, pero sabía hacer todo y me ponía además a mi a hacerlo para que yo supiera como tener y mantener una casa. Después de la quiebra, se levantaba a limpiar la casa y a cocinar pasteles y ahí me di cuenta de la terrible depresión en la que estaba, pero yo era apenas una adolescente y no pude hacer nada más que estar con ella. Como siempre, salió adelante, empezó vendiendo pays de manzana, luego casas y al fin decidió enfocarse en trabajar para Jafra, empresa a la que ya pertenecía desde hace muchos años por imitación de su hermana mayor, que además de ser líder de la misma, vivía muy bien de lo que le dejaba la venta de cosméticos. Aprendimos a limitar nuestro presupuesto y con un solo carro nos organizábamos para que ella trabajara y yo estudiara la carrera, el mismo año que me gradué ella

consiguió la categoría más alta de Jafra, con más de 200 mujeres vendedoras a su cargo y viajes internacionales, y reconocimientos. Siempre, siempre se recuperaba de cualquier situación. Aprendió computación en cuanto empezaron a venderse las computadoras para casa y después de la quiebra, se metía a chats de personas de más de 40 años para platicar con gente y hacer amigos, creo que ese fue un aliciente a su tristeza, conoció a amigos entrañables que la quisieron mucho. Tenía una forma tan simpática de teclear, mientras escribía con sus uñas largas y roja, sostenía un cigarro en la boca, dejaba de teclear para tirar la ceniza y soltar el aire y después continuaba tecleando a la perfección.

Le rompí el corazón cuando le anuncié mi decisión de irme a vivir al DF, pero siempre me dijo que ella me había criado con alas tan grandes que alcanzaran el cielo y raíces tan profundas que tocaran la tierra. Así que me dejo ir, pero sé que le dolió muchísimo. Habíamos sido cómplices de todo, siempre la acompañaba a todo. A trabajar, a sus comidas con amigas, a las fiestas familiares, conciertos y al cine. Gracias a ella le agarré el gusto al arte, desde chica me llevo a la ópera y al teatro, me invitaba a cenar a lugares lindos, aunque no siempre tuviera dinero de sobra, pero quería que yo tuviera esa vida. Fue estrictísima conmigo hasta que cumplí 18 años, pero creo que fue la mejor decisión que tomo, hizo que me ganara su confianza y me dio alas para viajar, conocer el mundo y después independizarme. Después de mi primera borrachera a los 15 años, misma que me costó un castigo como de 3 meses, me escribió una carta en donde me explicaba que era yo muy joven para tomar y que necesitaba tomar medidas disciplinarias por mi propio bien, pero que ni la había decepcionado ni dejaba de estar orgullosa de mí. Después cuando cumplí la mayoría de edad, ella me enseñó a tomar.

Vivió con su madre hasta su muerte, no fue ni su hija favorita ni a la que mejor trato, pero nunca pudieron vivir separadas, mi abuela no conocía otra casa que no fuera la de mi mamá y mi mamá le daba la autoridad de su casa para que ella hiciera lo que quería. Fue una gran hija que la mantuvo, amo a pesar de las 4 generaciones que las separaban y que las hacía tan diferentes, y la sostuvo en

sus brazos en su último respiro. Y así como fue con mi abuela fue con sus hermanos, a quienes amaba como a la vida misma; recuerdo cuando niña que le llamaban a la casa porque ahí tenía la oficina y decía, estoy ocupada menos para tus tíos, cualquier cosa que necesitaran, cualquier cuidado, dinero, apoyo moral, ahí estaba. Tan es así que acompañó a su hermano Mario a buscar a su hijo hasta la muerte. Tardé muchos años en entender que no fue un abandono a mí, sino una muestra de congruencia con la mujer que siempre había sido.

No fue perfecta obviamente, tuvo muchos defectos como cualquier mujer. La misma habilidad para generar dinero la tenía para gastarlo y no ahorrar, jamás le exigió a mi papá dinero para mantenerme, decía que así ella sola era la única que decidía sobre mi crianza. Nunca vivimos en casa propia, era bastante despistada con sus amigas y hasta conmigo, era mal hablada como buena norteña y no sabía decirle que no a sus hermanos. Pero si sabía escoger amigas, su mejor amiga, mi tía Betty es quien me ha acompañado estos casi 7 años sin ella, es mi paño de lágrimas, mi amiga, mi consejera y creo que mi mamá, en donde quiera que este; sabe que me dejo bien protegida. Tampoco supo escoger parejas, pero mi papá, con todo y su carácter gruñón ha sido mi gran roca durante este tiempo, eso directamente se lo atribuyo a todas las oraciones que ella hacía por nuestra relación de padre e hija.

Mi madre vivió la vida de una manera increíble, disfrutaba cada momento: cada caminata en el parque, cada viaje, hasta ponerse sus cremas era un ritual para ella, comprendía el sentido de la vida y aunque no me haya dejado nada a mi nombre, esa fue la más grande herencia. Creo fervientemente que es mi alma gemela y creo que hemos estado juntas en muchas vidas, ahora nos tocó ser madre e hija y creo que esta separación tan trágica, injusta y dolorosa fue así para que nuestras almas entendieran algo. Yo creo en la reencarnación y mi mayor certeza y esperanza es volverla a encontrar.

Sin duda, mi segundo eco es mi abuela. Mujer hermosa, alta de ojos verde turquesa, de un carácter fuerte y recio, Sonorense, digna como ninguna, esa fue Doña Artemisa. Vivimos juntas las 3 Artemisas hasta que me fui de la casa a los 23 años, como ya lo relaté; mi mamá trabajaba mucho y era ella quien me cuidaba día y noche. Tuvo 23 nietos, pero como yo viví con ella pues fui su consentida. Siempre tuvimos 3 recamaras, pero yo me turnaba para dormir un día con una y otro día con otra, a mi abuela le tocaba la peor parte porque ella sí me dejaba que le subiera la piernita a su cuerpo. Desde siempre y hasta los 13 años me chupe los dedos y solo la dejaba a ella que me viera, no sentía pena alguna con una mujer que era bastante prejuiciosa, de esas cosas de la vida.

Me enseñó a coser en su máquina Singer de esas viejitas de pedal y fue en esa máquina donde me hizo las mil faldas de Adelita para los festivales del 20 de noviembre en la escuela. Ella me recogía siempre en la escuela, en su carro Fairmont 1977 color guinda pasaba por mí, aunque provocara accidentes o no midiera bien las distancias, estaba siempre presente, siempre a la hora. Una vez con el carro andando me le baje por la ventana, de repente me vio corriendo tras de ella por el retrovisor, llegue toda raspada y me metió la regañada de mi vida.

Me arrepiento mucho de no haber platicado más con ella sobre su vida, quizá mi inmadurez de adolescente y niña y luego mi tiempo libre se lo dedicaba a los amigos o al partido, pero esa espinita me quedó. Aunque vivimos muchas cosas juntas, como cómplices. Cuando mi mamá salía de viaje de negocios, yo me quedaba llorando inconsolable viéndola por la ventana partir, me dormía en su cama con su pijama o su foto y mi viejita, viéndome tan inconsolable, me animaba cruzando la frontera en su carrito, llevándome a comprar algo a la tienda “La Popular” que era el uy uy uy de El Paso, TX en esos años y luego cruzábamos al Mc'Donalds de enfrente para que me comiera mi happy meal y ella un pay de manzana con un café. Obviamente no se subía al freeway, pero le entraba a cruzar solo para consolarme.

Dejó de fumar cuando nació yo para verme crecer y así lo hizo. Después de que me gradué de la universidad empezó su decadencia, pero me fue a ver en silla de ruedas recibir mi diploma de Licenciada. Murió a los 6 meses de que me fui de la ciudad, gracias a Dios murió de vieja. Ya en sus últimos años padecía demencia senil y su carácter fuerte se le transformó en uno de viejita dulce y dócil, ya casi no reconocía a nadie, pero siempre que la iba a visitar sabía quién era yo y dulcemente me decía: mi muchachita. En una de esas cuando ya vivía yo en la Ciudad de México, me llamó mi mamá para decirme que mi abuela había regresado, ósea su otra personalidad de antes y que quería hablar conmigo, no sabía que no estaba y quería saber qué onda ¿con quién vives, que haces, hace cuanto te fuiste, en que andas, en que trabajas, como estas? Y como al día siguiente lo olvidó todo, le escribí una carta con letras grandes explicándole todo para que la leyera siempre que quisiera saber de mí.

Manejó hasta que tuvo 90 años y lo dejó de hacer no por gusto, sino por prescripción médica. Cuando se enojaba se iba por ahí manejando y tenía yo que pedirle a alguna amiga que de favor me llevara a buscarla. Sabía de mecánica, de carpintería, de electricidad, sus tiendas favoritas eran las ferreterías. Cuando algún técnico/carpintero/plomero etc., osaba llegar a la casa a tratar de arreglar algo, salía regañado por inútil o por carero. Tenía una mente lúcida porque leía mucho, leía el periódico, de plantas, la Biblia.

Mi abuela sufrió como muchas mujeres de principios del siglo XIX, de un marido mujeriego, que creía que entre más mujeres tuviera más viril era. Le pasó y perdono muchísimas infidelidades, mis tíos tenían registro de que tuvo aproximadamente 50 hijos. Pero, aunque nunca se divorció y murió viuda, se las cobraba a Don José. Una vez que vio la troca de mi abuelo (que era de su hijo mayor Héctor) estacionado en la casa de su amante, fue por un mecánico y con un corto directo predio la troca, cuando salió uno de los hijos de la mujer, mi abuela le gritó: “Dile a José que puede andar con sus putas, pero las cosas de mis hijos las respeta”.

Vivió muchas etapas buenas y malas, mi abuelo era ganadero y tenía bastante dinero, pero a finales de los 60s quiso estallar una revolución comunista en varios puntos del país y uno de ellos fue en la sierra de Chihuahua, ahí “maestros” que habían ido a estudiar a Rusia y Cuba sobre revoluciones, usaron a mi abuelo como carne de cañón para iniciar su movimiento. Mataron a mansalva al hermano de mi abuelo frente a su casa y una vez lo embistieron a caballo cuando iba rumbo a su casa, con 3 de sus hijos. Mi abuelo cedió sus tierras porque sabía que nunca le iba a perdonar Artemisa que mataran a uno de sus hijos. Lo curioso es que en la historia de Chihuahua solo se habla del cuartelazo a madera como una gran victoria, nunca mencionan de los asesinatos y del despojo a los empresarios de la zona. Así que mi abuela paso de vivir de riquezas a pobrezas, pero nunca se quejó, en realidad no necesitaba mucho para vivir.

Para dar a luz viajaba a caballo por la sierra de Chihuahua para llegar al pueblo más cercano, así de ese tamaño era mi abuela. Ahora que está de moda lo orgánico y cada vez más lo natural, me acuerdo de que ella ya lo sabía, comía muy pocos animales, verduras verdes de preferencia de su huerto, ah porque en cualquier casa donde viviéramos teníamos un pequeño huerto, frijoles y tortillas. Tomaba café igual que mi mamá, para desayunar comer y cenar, comía azúcar, harina y leche. Nunca padeció de alguna enfermedad crónica y cuando a los ochenta y tantos se cayó y fracturó la cadera, a los 4 meses mando a la chingada la silla de ruedas y se volvió a parar, porque ya estaba bueno de tanta hueva.

Su muerte llego el 23 de marzo de 2007, viajé en el primer vuelo para llegar a un funeral lleno de flores, al entrar el olor te abrumaba. Familiares y amigos de todas partes llegaron a despedir a Doña Artemisa, quien curiosamente no era muy amiga, pero sí muy respetada. Mi tío Aristófanes, que siempre nos consintió a las tres, me concedió llevarle música para enterrarla, mi abuela siempre tarareaba canciones nortañas, así que le llevamos su favorita: “el buque de más potencia” y “flor de capomo” la despidieron. Era alegre pero seria, cariñosa y a la vez muy

reacia. Me gusta que no era amiga de todos como mi mamá y yo, tal vez por ese contraste, ella se daba a desear y guardaba sus cariños para quien lo mereciera. Tal vez la vida la había hecho así o tal vez así siempre fue, pero fue una mujer digna hasta el final.

### **Deseos de cosas imposibles (y otras no tanto)**

Mis deseos han ido variando con el tiempo, a veces han sido vánales y simplones, a veces complejos e imposibles, a veces normales y comunes. Creo que el primer deseo que recuerdo de niña, además de tener el cabello con bucles, era estar más tiempo con mi papá, verlo cada semana no cada tantos meses; cuando tenía aproximadamente 3 años mis papas se divorciaron y como pasa después de una separación conflictiva, prefirieron no hablar ni verse después y pues ahí me fui yo entre las patas de ese rencor. Mi deseo era que estuvieran juntos sin pelear, sin odiarse, ver ese amor de donde nací yo. Ese deseo se transformó con el tiempo en el deseo de verlos juntos, aunque fuera una sola vez juntos conmigo, conviviendo, platicando, civilizados. El primero si se ha ido realizando con el tiempo y las pruebas que la vida me ha mandado, he tenido la bendición de contar con él cada vez más, de reconstruir o más bien construir una relación, de saber quiénes somos y como somos. El último, el de verlos juntos, tristemente nunca se me concedió. Un día, cuando estaba en la etapa de buscar a mi mamá, lo platique con mi él y le pregunte: ¿si mi mamá regresa, podemos un día comer los tres? Y sin dudar me contestó que sí, no sé si lo dijo compadeciéndose de su hija destruida pensando que eso ya no iba a suceder o si de verdad lo considero como algo que también lo sanaría a él. Y los bucles, pues gracias a la tecnología ya me los puedo hacer.

Mi deseo de adolescente-joven-adulta, ha sido encontrar el amor, un hombre que me ame con pasión, con adoración, con respeto. Esto probablemente se relaciona con el abandono de mi papá de niña, con la desconfianza en el destino para creer que esto me pueda suceder, pero como Juanga siempre añoré un amor que no

llegó. Un novio de manita sudada, flores, serenatas, locuras de adolescente; pero nunca tuve eso, siempre fui la gordita, luego mi relación con los hombres se convirtió en una de amistad, pero no de relación amorosa, era la amiga para el cotorreo o salir, nunca nada serio; luego en convertí tan autosuficiente que me fui al lado masculino de mis relaciones y ya nunca me permití ser cortejada o conquistada. Siempre fui condescendiente, con un deseo de agradar de manera desmedida, de hacer lo que pidieran, de darles lo que quisieran de mí, aunque no lo quisiera dar. Me costó muchísimo trabajo y años empezar a salir con hombres de manera romántica, me costó muchísimo trabajo darme cuenta de que soy una mujer femenina y atractiva, capaz de atraer un hombre de valor, digno de mí. Mi última y primera relación seria, la tuve a los 32, en la que se me fue mucho de mí ser, pero de igual manera aprendí, fue mi gran maestro. Me entregue totalmente a la promesa de un amor eterno, me entregue a la pasión desmedida que te hace inmadura, complaciente, berrinchuda, pero también aprendí que puedo dar lo mejor de mí, a disfrutar sin tapujos de mi sensualidad, de la intimidad de dos personas solas hablando en la noche desnudos en cuerpo y alma.

El deseo más grande que el amor de pareja, ha sido el de recuperar a mi mamá, de que un milagro de esos que lees en los periódicos que paso en una ciudad de la que nunca has escuchado, en el que después de 7 años regresa la madre desaparecida a reencontrarse con su hija. Desde el primer día que comprendí que mi mamá había sido desaparecida por el narcotráfico deseaba en recuperarla, pensaba en ese abrazo profundo cuando la encontrara, deseaba cuidarle sus heridas y cubrirla con oro, protegerla y nunca dejarla ir. Hasta hace pocos meses y después de mucha terapia, he dejado de soñar que regresa, tal vez porque mi mente al fin proceso su muerte como un hecho y no como una suposición que yo tuve que inventar. Yo sé que está muerta, pero no me consta, así que de cierta manera la maté en mi imaginación, lo desesperante, lo triste o desafortunado, es que nunca la pude enterrar, ahí está otro de mis deseos, enterrarla.

Nunca fue mi deseo enterrar a mi madre, de niña me iba a el cuarto de mi mamá a escuchar su respiración y asegurarme de que estuviera viva, nunca fue mi anhelo de joven tener que organizar los arreglos fúnebres de mi mamá, pero nunca creí que llenarle un cuarto de flores, de llevarle mariachi y poner fotos de ella por todos lados, de contar historias, de llorar por su ausencia y reírme por sus ocurrencias con la gente que la amó, fuera algo que anhelara tanto. Con cada prueba de ADN, con cada resto que encontraban revivía mi esperanza y yo pensaba en cómo iba a ser su “memorial” en vez de funeral, nunca pude echarle su puño de tierra, nunca pude llorar como Pedro Infante a su abuela en el panteón, nunca pude ver su cara muerta y aunque creo que, por las circunstancias, fue lo mejor, de todas maneras, lo necesitaba, lo necesito.

Otro de mis deseos fue encontrar a mi tío Aristófanés, otro de los tíos que desapareció el mismo año que mi mamá, el hombre que por años fue como mi padre, el que me regaló mi primer carro nuevo cuando termine la carrera, el hombre que patrocinaba todos mis viajes, que me alcahueteaba cada proyecto, así fuera irme a vivir a México o bautizarme católica, ahí estaba siempre. Me duele haberlo buscado y no haberlo encontrado, mi deseo de encontrarlo me llevó a ir con espiritistas que lo único que hicieron fue avivar la desesperación de mi madre por encontrarlo en lugares en donde me decían que podía estar y que no la llevo a ningún lado. Recuerdo regresar de Guadalajara, la ciudad en donde se lo llevaron y empezar a llorar mientras me imaginaba la vida sin él, sin sus carcajadas, sin su filosofía tan practica de vida, sin su protección y sus cariños. Encontrarlo y más importante encontrarlo vivo fue otro de mis deseos más profundos.

El amor sigue siendo mi gran deseo aún, reconstruir la familia que se me fue con mi mamá y tíos, encontrar a alguien que me amé tanto como mi mamá tal vez será imposible, pero yo amar a alguien como la ame a ella o a mi tío, es un anhelo que deseo. Tener un compañero de vida, con quien compartir las altas y las bajas, un perro y mi gata, un par de hijos que tal vez nos agarran cansados, pero si más sabios. Una familia, una familia mía es mi más grande deseo.

Quiero encontrar el sentido a tantas cosas que he vivido, encontrarle sentido a esta vida que cambio tanto de un momento a otro y que no le encontrada aún razón de ser. Sé que quiero ser inspiración para personas que han sufrido a alguna perdida en la vida, de quienes lo han perdido todo y se han reconstruido después de ello, quiero escribir mi historia, la de mi mamá y abuela, la de mi familia y motivar a personas a luchar por su felicidad. Mi deseo es trascender en esta vida, dejar una huella, cambiar la vida de una o más personas, de que mi historia tenga sentido y algún día un propósito.

Y ya por último quiero tener paz, creo que otro deseo que se ha desarrollado en mi corazón es el de encontrar la paz que se me fue con ellos, poder vencer la ansiedad que me domina y me autodestruye, ya sea con las desveladas o con mi adicción a la comida. Deseo amarme y respetarme, deseo dormir profundamente todas las noches no solo algunas. Deseo tener un cuerpo que me guste, no estar siempre obsesionada con lo que peso y cuanto mido, quiero no pensar en comida, no pensar en lo que los hombres piensan de mí, sino solo preocuparme en lo que yo pienso de mí. Deseo tener una autoestima fuerte, una tranquilidad estable, la fortaleza de saberme resiliente y capaz de soportar cualquier prueba que la vida me ponga, pero sobre todo la sabiduría para conservar siempre estos sentimientos.

### **Fe y resiliencia.**

Hay muchas palabras mágicas en mi vida, creo que no terminaría nunca de escribir sobre ellas. Mi nombre, el nombre de mis tíos, el amor, la risa, pero hoy creo que mis palabras mágicas sin duda son fe y resiliencia.

Cuando mi mamá y tíos desaparecieron, se acercaba gente bien intencionada a decirme: ten fe, Dios es muy grande, los milagros pasan. Y sí, sí creo que Dios es muy grande y si creo que los milagros pasan, pero estaba tan consciente del país en el que vivía, de la situación por la que pasaba Chihuahua, de la crueldad de los

criminales, de la falta de amor a su pueblo de los funcionarios y policías, que la palabra fe me parecía más bien un insulto.

¿Fe en qué? ¿En un sistema judicial corrupto? ¿En cadenas de oración que son muy poderosas? pero inservibles cuando se topan con la voluntad y libertad de otra persona para hacer el mal. ¿Fe en que mi historia tendría ese final feliz que esperaba? Y si, quería tenerla, pero me daba rabia y coraje que me pidieran que la tuviera, porque no sabía de donde, de donde sacarla para encontrarlos, para que me hicieran caso en la policía, para no cometer otro error y poner en peligro al resto de mi familia y a mí.

En ese momento decía: la fe no es para tiempos de guerra, la fe es para la paz. Y sé que Dios no está enojado conmigo por esto, porque sé que en ese momento entendió mi coraje y mi sentimiento. El mismo sentimiento que tuvo Job, Abraham, y el mismo Jesús antes de morir, el mismo coraje que sintió María a ver a su hijo torturado y humillado. Sé que mis sentimientos fueron naturales a lo que estaba pasando y en mi afán de sobrevivir, tuve que agarrarme de esa llama que o te quema o te da energía.

Después de meses de no tener una sola respuesta, días para comprender y asimilar que no iban a regresar, que no los habían encontrado, que solo había restos de ropa, un botón por ahí, osamentas por allá; entendí cuál debía ser a partir de ahí mi siguiente objetivo: seguir viviendo. Mi fe por fin encontró hacia dónde dirigirse, en poder sobrevivir. En sanar de la manera que fuera posible, de rehacer mi vida, paso a paso, lentamente, pero esa era mi fe, encontrarle sentido a la vida y ser feliz a pesar de todo.

La fe, es la certeza de lo que no podemos ver. Yo no tenía la certeza de volverlos a ver, tenía la certeza de que, a la medida de mis posibilidades, de una joven de 28 años, sin dinero y sin más que amigos y mi voz, había hecho todo por encontrarlos. Pero tenía la fuerza de mi madre y mi abuela motivándome, el amor

infinito que ellas tuvieron para mí, las oraciones de gente que aún sigo conociendo, la fortaleza que me dio mi papá y mis amigos. Mi fe se transformó en algo realizable, en algo que sabía que tarde o temprano iba a pasar, mi fe estaba en que Dios me despertaba cada día y me llevaba de la mano a la rutina y a toparme con nuevos caminos para seguir.

Fue esa fe la que me llevo a terapia, meditar, a talleres de sanación, de duelos, al yoga, al budismo, a la dirección espiritual católica, al tetahealing, al reiki, a temazcales y, en fin, a todo lo que de alguna manera pudiera acomodar tantos sentimientos y tantas preguntas sin respuestas. La fe en que Dios estaba conmigo, que mi mamá y mis tíos estaban conmigo ayudándome en cada paso, en cada rincón en donde me desquebrajaba, en cada canción en la que los escuchaba. Ahí iban ellos sosteniéndome en sus brazos para que siguiera. Ya casi se cumplen 7 años y puedo decir con total certeza que fue esa fe la que me sanó.

Y mi segunda palabra es resiliencia, que para mí no es más que la voluntad inquebrantable de ser feliz, la voluntad de salir adelante a pesar de todo. Por eso volví a Juárez, la ciudad que creo que es el símbolo nacional de la resiliencia. La que fue en un momento la ciudad más peligrosa del mundo y que por su gente, sus familias, jóvenes, obreros, activistas, empresarios y en general todos los juarenses; lucharon día tras día por recuperar lo suyo. Yo soy juarense y también soy resiliente, porque a pesar de todo lo vivido, que no sé si sea mucho o poco, sé que no es lo más duro ni la única que ha sufrido, eso lo sé, pero sé que a pesar de todo eso estoy aquí. Luchando por ser mejor ciudadana, por romper barreras en mi trabajo dominado por hombres, por dedicarle tiempo a escuchar a cada persona que quiera contarme algo, por contribuir de alguna manera en mejorar este lugar bendito en el que me toco nacer.

Porque el desierto es bendición, el desierto tiene poderes mágicos que transforma el alma, el clima extremo te prepara para la vida, la falta de agua, la falta de

comida de manera natural te hace trabajador, te hace ingenioso, te hace resiliente. Y por eso, esa palabra es la mía, resiliente.

Este sábado participe en un paseo ciclista de Rosarito a Valle de Guadalupe en Baja California, fueron 65 kilómetros en bicicleta a favor de una asociación que ayuda a niños con cáncer. Vi a los niños ahí dando el banderazo, y cada 5 kilómetros más o menos había una manta que decía: tu fuerza es mi alegría y una foto de uno de estos niños. Hice 4 horas en el recorrido, tal vez hubiera hecho menos, pero llovió casi todo el tiempo, hubo viento en contra, mucho frío y unas subidas tremendas que requieren de mucha más fuerza que la que tengo en mis piernas, pero resistí y terminé.

Terminé porque no quise dejar esa oportunidad a medias, porque estaba haciendo algo por una causa, por ellos y por mí, por demostrarme que puedo hacer lo que quiera, por fe en mí y en mi cuerpo, porque soy resiliente y tengo la voluntad de ser feliz a pesar de todo.

### **De ideales, política y cosas mejores.**

Yo encontré mi estrella de adolescente, un día mientras estudiaba la preparatoria recibí una invitación para ir a ver a un tipo, precandidato a Presidente de la Republica hablar al Gimnasio Universitario, me llamó la atención yo creo porque el pelado se parecía mucho a mis tíos: alto, bigotón, francote y sin pelos en la lengua. Fui a ver a Vicente Fox Quezada a los 16 años y sentí que algo adentro de mí se encendió. Le dije alguna que otra cursilería cuando lo pude saludar y me quedé impresionada con su presencia magnética, su personalidad abrumadora.

A los 16 años estaba convencida de que podíamos cambiar a México, que éramos nosotros, los jóvenes, los que teníamos está responsabilidad y que, con él, en el PAN era el camino correcto. A partir de entonces comenzó mi militancia in-oficial en la política. Todo mi tiempo libre se lo dedique a la campaña, mis fines de

semana, horas después de la escuela a juntas, era de las que andaba volanteando, con las banderas, en recorridos, planeando agendas para las visitas de los candidatos. Tenía toda la energía de una adolescente ilusionada y convencida de su ideal. Creo que esa experiencia, la campaña de Vicente Fox, fue de las mejores experiencias que he vivido, esa campaña fue de conocer personajes, a amigos que hasta ahora conservo, a un candidato a Senador que fue por muchos años mi jefe y líder.

Aún recuerdo el comercial que salió al aire el día de la elección, el de México YA y nada más pensar en él, me enchina la piel, eran imágenes de mexicanos de todo el país, de toda la gente trabajadora de este gran país reaccionando y dándole sí al cambio. El 02 de julio del 2000 fue uno de los mejores días de mi corta vida. Me encantó ser parte de eso, así que seguí dos años más hasta que cumplí 18 y pude hacer oficial mi militancia partidista. Gracias a eso tuve la oportunidad de viajar por todo el país, de conocer otros países, me ocupada capacitarme y estar preparada, tomaba todos los cursos que podía, viajaba a donde fuera y conseguía el dinero con patrocinadores, con mi Tío Aristóphanes que siempre me ayudaba. A los 21 fui la líder oficial de las juventudes panistas en Juárez, fui líder estatal y años después formé parte de la dirigencia nacional de Acción Juvenil.

A los 23 años, después de graduarme decidí lanzarme como Dirigente Nacional, así que me fui a la Ciudad de México en busca de un sueño, con la bendición de mi madre, el carro nuevo que me acababa de regalar mi tío y una amiga que no sabía manejar en carretera, pero que fue mi copiloto por meses. Llegué a México convencida de que iba a ser candidata y ganar la elección juvenil para ser la líder, pero conforme fue pasando el tiempo y me di cuenta el dinero que requería, preferí no hacerlo. No sé si fue un miedo interno al éxito, si fue en realidad el tema del dinero o si fue miedo a fracasar, pero no me lance y comencé a trabajar en el Comité Ejecutivo Nacional del PAN.

De ahí mi jefe ocupó una Subsecretaría importante en el Gobierno Federal que comenzaba con Felipe Calderón, así que me invitó a ser su Secretaria Particular, antes de titularme y de 23 años ya tenía un puesto de muchísimo nivel y un teléfono rojo que me podía comunicar con el mismo presidente en mi escritorio y duré aproximadamente 10 años trabajando para el gobierno federal en varias dependencias. Mi militancia terminó en diciembre del 2012, un año y medio después de la desaparición de mi mamá y tíos por la guerra contra el narcotráfico empezada por el Presidente de la República, que le llamaba a las víctimas de la guerra: daño colateral.

Fue gracias a los contactos que tuve en el PAN que pude avanzar algo en la investigación, que me aceptaron siquiera la denuncia en la SEIDO, pero ni la oficina de la Primera Dama logró traerme de vuelta a mi familia. Hablé personalmente con el fiscal de Chihuahua gracias a una Diputada Federal que conocía que me acercó con él, y ahí desesperada le conté todo y creí por un momento que sería posible encontrarlos. Después de esa decepción y de enfrentarme cara a cara con la corrupción (que además ya conocía sobradamente por haber trabajado tanto tiempo en el gobierno) decidí dejar el PAN, solo dos amigas me acompañaron a las marchas, la gente tenía miedo a estar cerca de mí en Chihuahua y con justa razón, nadie se quería exponer a ser “levantados” por el narco también. Renuncié al PAN por congruencia con mi ser, no podía estar en el partido que protestaba en contra de la muerte de los no nacidos, pero no decía nada por la vida de los que ya nacieron y tuvieron una historia.

Muchos años después del 2011 tuve un colapso emocional que terminó con mi vocación política, trabajaba por trabajar y en dónde me dieran chamba, en realidad no me importaba más que el sueldo y poder mantenerme. No tenía metas claras, poco a poco fui reconstruyendo el ser, que ya nunca volverá a ser el mismo, pero que quería seguir viviendo.

Ahora mi estrella es que mi historia trascienda a través de la escritura. Mi papá ha sido periodista desde los 18 años, fue corresponsal de Televisa en Cd. Juárez, director de medios impresos en Juárez, director de información en canales televisivos locales y como buen periodista, escribe muy hermoso. Creo que por el heredé el gusto por la escritura, más joven tenía un blog muy simpático en donde contaba mis aventuras como chica de pueblo en la gran ciudad, lo cerré por la misma razón que cambié tres veces de teléfono y cerré mis redes sociales, por miedo a los narcos.

Con el tiempo he ido recuperando el gusto por escribir, he escrito opiniones sobre temas de actualidad en medios que publican algunos amigos, nada serio ni nada muy político (aunque me sigue gustando la política, nunca volvería a militar en un partido). He escrito blogs como recomendación de terapia para mi mamá y he escrito en mi diario, lo que pienso, oraciones, deseos; nada más.

Mi deseo, mi estrella actual es escribir mi historia y la de mis Artemisas, escribir la historia de estas tres mujeres tan diferentes, pero que coincidimos por unos años y que vivimos una vida diferente, sin comparación, pero muy feliz. Podría hablar de mi mamá y de mi abuelita por horas y podría escribir sobre ellas y sobre mi opinión de ellas en cuadernos enteros. Quiero contar sus historias, quiero contar la historia de cómo fue vivir sin ellas, como es la muerte cuando la esperas y como es la muerte cuando la inventas; como sobrevives a lo peor que te puede pasar y cómo es que no te amargas la vida en el intento (o bueno, eso creo que he hecho). Espero que Dios me de licencia.

### **Mi sonrisa.**

Siempre pienso en cual será mi trascendencia en este mundo. Desde joven me importó mucho que huella iba a dejar, cual sería mi legado. Aun ando buscándolo, sé que quiero escribir mi libro, sé que quiero contar mi historia y a lo mejor hablar de ello, contarlo a mujeres, ya no me interesa el servicio público, pero tampoco

creo que pueda decir que nunca lo intentaría, tal vez después en otras circunstancias en las que no necesite dinero para vivir.

Pero mi regalo, de eso si nunca había pensado. Y pues me da un poco de pena porque no quiero ser soberbia (lo cual si soy) pero después de discernirlo creo que mi regalo es mi sonrisa. Y no porque tenga sonrisa especialmente hermosa, tengo los dientes chuecos porque de niña me chupe; no uno, sino dos dedos hasta los 13 años. Así que mi quijada esta medio chueca, ósea metida de la parte de abajo y mis dientes de arriba se sobresalen por encima de los de abajo, entonces cuando sonrió con mucha alegría se me sale poquito la lengua por ese agujero que dejaron mis dedos. Hasta hace poco empecé a pensar que sería buena idea ponerme frenos, porque de adolescente (y cuando tenía la edad de hacerlo) me dio mucho miedo el dolor que contaban los amigos que padecían, así que decidí, (y lo peor es que mi mamá me hizo segunda) tener los dientes chuecos.

Pero bueno, no hablo de que mi sonrisa sea LA ofrenda por ser mi sonrisa en sí. Si no que después de tanta retrospectiva, de tanto revisar las huellas de mi vida, mis montañas, las piedras de mi costalito, me he dado cuenta de que mi sonrisa tiene algo sobrenatural, tal vez hasta mágico. Yo digo que es la gracia de Dios, los no creyentes podrán decir que es la buena vibra del universo reflejada en mí, los budistas (yo soy medio budista también) diremos que la calma, en fin... creo que hay algo de Dios en mi sonrisa.

¿Por qué algo de Dios? Porque en mi sonrisa se refleja la oportunidad que nos da de reinventarnos cada día, el regalo de la libertad de escoger quién y qué queremos ser. Mi sonrisa es el reflejo del libre albedrío, de la libertad que tuve yo de escoger cuál camino seguir en mi vida con cada herida, cada tropezón, cada cicatriz que tengo en mi cuerpo y en mi alma, hay un cambio de timón, hay una decisión que tomar, y en ese cambio está, para bien o para mal, mi juicio guiándome. El regalo de la libertad de dejarme arrastrar por la vida como muchas veces lo he hecho o meter el pie y decir no, ya no; mi sonrisa es ese pie.

Mi sonrisa es el reflejo de los brazos arriba en la montaña rusa o los ojos cerrados y las manos amarradas, es el reflejo de las veces que he disfrutado y las veces que el miedo me ha paralizado. Son las noches de insomnio, la adrenalina en mi cuerpo, mi acné, mi gordura, mis estrías, mi celulitis, mis varices, pero también mi cabello oscuro, mi busto generoso, mis piernas torneadas y mis caderas redondas.

Mi sonrisa es mi rebeldía ante la vida, es mi manera de protestar ante el destino que no me gustó como ha terminado. A la vez es mi sumisión ante la realidad abrumadora que no tiene puertas de escape, es la aceptación de lo que no puedo cambiar, es resignación ante lo inamovible, pero esperanza ante la oportunidad de moldear lo que sigue.

Mi sonrisa son todos los amores no correspondidos, son los besos inútiles, el amor desperdiciado. Son los hombres que me han robado el aliento, las pláticas hasta amanecer, la música a media luz y a media noche, los vinos, los lugares inusuales que se convirtieron lecho, las caricias y los besos, mi sonrisa ha sido mi amor completo.

Mi sonrisa son mis terapias, mis retiros, las oraciones de mi madre, la mirada turquesa de mi abuela, la gallardía de mis tíos, el temple de mi padre, los ojos moros de mis hermanos son los tres tonos de pelaje de mi gatina. Mi sonrisa es la música que disfruto, es Sabina y Chavela, es Mercedes Sosa y Fito, es el rock y es la trova, es José Alfredo y Juanga, es Frank Sinatra y los Beatles, es Mafalda y es Harry Potter, es el teatro, el cine, las series, mis libros, mi cama.

Mi ofrenda hacia la vida es mi voluntad de seguir aquí, es dar mi sonrisa como ejemplo de que la vida es fácil para unos y difícil para otros, pero asequible para todos. Mi sonrisa la doy como ofrenda a mi Dios, a los Dioses de los demás, al universo, a la buena vibra, a los espíritus, a mis antepasados y a mis sucesores como ramillete de esperanza, de que la vida tiene muchas más aristas que las que

vemos en un momento. Que, así como existe el dolor y la agonía, existe el éxtasis y la dicha; que la incertidumbre no es una prisión, yo soy prueba de ello. De que la culpa es una inútil que no sirve para nada, que la psicomagia tal vez tampoco, pero la fe en algo más poderoso que uno mismo, en algo o en alguien en quien recargarse, aunque ese alguien sea uno mismo, es más que suficiente.

Mi sonrisa es mi voluntad por ser feliz, por disfrutar la vida, por honrar a los míos, por honrar su destino y honrarme a mí y a mi historia. Es la dicha del amor correspondido y después rechazado, es la certeza de que no voy sola, es la constante fuerza de Dios en mi vida, es el cumulo de experiencias buenas y malas, que dan como resultado unas patas de gallo y unos dientes chuecos, pero al final una sonrisa por lo vivido y por lo que viene.

### **Yo no entiendo mucho de maldad.**

Yo no entiendo muy bien la maldad, para mí no es algo externo que venga de algún ser diabólico que nos susurra en el oído, para mí el mal es algo mucho más sencillo, interno y tiene que ver con la libertad. En otros textos he estado escribiendo acerca de la libertad y la voluntad propia: la voluntad de ser feliz, para seguir adelante, para sonreír, para vivir. Pues lo mismo pienso de la maldad, que está completamente relacionada a la voluntad.

Para empezar, creo que la maldad no necesariamente tiene que ver con un “código moral” impuesto por nadie, ni la religión, ni la sociedad. Creo que más bien tiene que ver con la naturaleza del ser humano, en cada uno de nosotros existe la el bien y el mal, esa dualidad natural que cada uno decide dejar crecer y alentar. Y esto tiene que ver con la libertad, no solo la libertad de tomar decisiones; si no la libertad de ataduras con las que la gente nace o vive sin tener otra opción.

¿A qué ataduras me refiero? A la pobreza, al género, a la ignorancia, el odio, la antipatía. Una persona que inherentemente es buena, pero no tiene que darle de comer a sus hijos, tal vez va a robar, va a tomar decisiones que no son ni moralmente aceptables, ni benefician a la sociedad en general, ni son buenas para él o ella, pero no tiene otra opción; la pobreza le quita libertad.

Una mujer, en muchas culturas es sometida a mutilaciones, humillaciones, matrimonios arreglados que van todos en contra de su voluntad, pero es presa de su sexo, si fuera hombre no tendría que ser sometida a esto. Si se rebela de estas reglas, si mata a uno de sus agresores, podría decirse que es una mujer mala, pero desde acá donde lo veo yo, creo que ella no hizo nada malo, se defendió. Una madre soltera, que trabaja todo el día para mantener a sus hijos y por lo mismo, los descuida, no es una mala mujer, está decidiendo dejarlos por darles techo, comida y ropa. Una mujer que no quiere ser madre está decidiendo sobre su cuerpo y el destino que quiere tener, pero para algunos eso la podría hacer una mala persona, simplemente está tomando una decisión.

La avidez, creo yo que es uno de los detonantes más poderosos para tomar decisiones que lastiman a los demás. Un joven con avidez de bienes, de reconocimiento familiar y social, de atención, de sexo; siente que el narcotráfico es la única opción que tiene para adquirir lo que desea y tal vez el precio que pueda pagar: morir joven o vivir al límite, no le parezca un precio muy alto con tal de tener dinero y ser admirado. Un hombre que tiene avidez de poder, que siente satisfacción al dominar a otra persona, tal vez no conozca de maldad, pero sienta la necesidad de someter a otro ser humano, secuestrándolo, torturándolo, matándolo. Es probable que no piense en la familia de esa persona y en lo que están sufriendo, pero su avidez por el poder, por reconocimiento, por dinero lo llevan a causarle daño. Y no soy psicóloga, pero creo que el dominar a otro ser humano, la adrenalina que da el tener la vida de otra persona en sus manos, genera un huracán de excitación que los lleva a concretar las mayores atrocidades.

Pero no dejo de creer que la maldad es una decisión, influida por factores con los que nacemos o en las circunstancias en las que nos encontramos, nuestra educación, la empatía que sentimos por los demás. Abecés una persona humilde, pobre, es más compasiva que una persona con educación y con dinero. La señora que me limpia mi departamento tiene más empatía y cariño por mí, que otras personas de mi familia.

Este tema mitológico de que la maldad es un tema que nos inyecta un demonio, es una franca mentira, y soy cristiana. Creo que más bien, lo que alimentamos a nuestra alma va a influir nuestras decisiones, qué programas vemos, qué leemos, con quienes pasamos convivimos, a que le dedicamos nuestro tiempo. Somos seres tan influenciables, que lo que vemos en los demás nos influye y nos lleva a ciertas acciones.

Yo digo que no entiendo la maldad porque no sé qué orilla a una persona a dañar a otra persona que no conoce. Que hizo que un terrorista secuestrara un avión lleno de gente desconocida para él, con historias, con familias, con una vida y lo estrellara en una de las torres gemelas. No entiendo como nuestros gobernantes, a los que les pagamos bastante dinero para que ejerzan sus funciones, no les importa la calidad de vida de los ciudadanos a los que están sirviendo. La avidez de dinero por parte de los legisladores estadounidenses para no regular la venta indiscriminada de armas que está matando a niños, adultos y que también son las que están comprando los narcotraficantes mexicanos, es una decisión que genera maldad en el mundo. No entiendo como una persona puede entrar a matar niños a una escuela, no entiendo como alguien que no conocía a mi mamá, su sonrisa, su carácter, su amabilidad, le pudo hacer daño, como a la persona más importante de mi vida, alguien la mató, probablemente desmembró y quemó.

No entiendo cómo duermen estas personas que hacen daño, no sé cómo un fiscal encargado de administrar la seguridad de un estado puede estar trabajando para

el narcotráfico en vez de para los ciudadanos, es un tema muy complejo lo sé, no pretendo satanizarlos, pero no entiendo la mentira a la que nos someten, el dolor que causan por su ambición. No entiendo como no pueden tener empatía, como los Ministerios Públicos se convierten en robots de la democracia enterrados entre expedientes. No entiendo que lleva a alguien a matar a otra persona, tampoco entiendo como un hombre puede enamorar a una mujer y luego traicionar su confianza, no entiendo como un adulto puede tocar lascivamente a una criatura, no entiendo como un hombre puede golpear a la madre de sus hijos, como una mujer puede desconocer a sus hijos por un hombre.

Es que yo no la entiendo bien.

Yo he sentido maldad, deseos de venganza con quienes han lastimado a mi familia, deseos de que les pasen las peores cosas, sé que he cometido actos de maldad, he dicho mentiras, he ocultado información para beneficiarme, he estado con hombres que no son míos, he sido interesada, he sido muy egoísta, he sido codiciosa y muy desperdiciada. Pero en mi avidez por amor, por aceptación, por todas estas cosas que quiero, también trató de alimentar mi alma con cosas que hagan crecer mi bondad y así dejarle muy poco espacio a la maldad que vive en mí. Quiero tener más consciencia de mis defectos, de mis debilidades y de lo que me lleva a cometer actos de maldad para poder evitarlos. Es una lucha diaria.

### **Una protestante que se vuelve católica.**

Ando en un *mood* muy romántico con Dios que me parece que hasta voy a leerme un poco cursi con esta misión. Tal vez, está llegando en el momento preciso para que escriba esta historia y lo que siento ahora, tal vez es solo una coincidencia; en fin, hoy es un buen momento para hablar de ello.

Yo nací hija de un católico y una protestante, solo se casaron por el civil porque mi mamá en ese entonces era de la religión de los Testigos de Jehová, no sé a ciencia cierta si sería una decisión en conjunto no bautizarme o si fue mi mamá la que la tomo sola, pero no sé me bautizó como se acostumbra: de bebé. Yo me bauticé a los 24 años por decisión propia.

Para poder entender porque yo no fui bautizada como marca la costumbre, es importante saber que mi mamá estuvo en varias religiones, ella fue bautizada católica, fue a escuela de monjas y ahí aprendió que Dios es un *Big Brother* que siempre está viendo lo que haces y está esperando el más mínimo error para castigarte, mi mamá era ranchera, a ella no le gustaban los Beatles, le gustaba Jorge Negrete y también él, era considerado pecado por las hermanas. Mi abuela, que era la matriarca de la familia y su hija mayor, mi tía Yolanda conocieron a los testigos de Jehová y convencidas de las “buenas nuevas” reasignaron su filiación religiosa. Así que mi mamá pasó de ser católica a ser protestante, estudió, realizó su servicio de andar de casa en casa tocando puertas y ofreciendo revistas, daba clases a la gente que querían reclutar y así se convirtió. Después del divorcio con mi papá y la manera en que mi mamá paso su duelo (a punta de parrandas y mariachi) la expulsaron por indecente y disoluta, así que después de tantas experiencias de maltrato y acoso, decidió que ya no pertenecería a ninguna religión formal y prefirió que yo escogiera a cuál iba a pertenecer.

De todas maneras, crecí estudiando la Biblia, mi abuela, aunque no se bautizó nunca como Testigo de Jehová, iba a las reuniones de los domingos y yo, como su fiel acompañante, iba con ella y los miércoles recibía a unas hermanitas que me daban estudio de la Biblia. Pase desde “Mis historias bíblicas” para niños, hasta leer la Atalaya (revista de “análisis” de esta religión) y estudiar en lo que creíamos y porqué. Cuando llegó la edad de bautizarme (como a los 15 años) me pidieron que saliera al campo a predicar y les dije que no, que no me quería bautizar y la verdad es que no sé porque les dije que no, solo sé que no quería ser Testigo de Jehová. A los 17, cuando entré al PAN, la hermanita Josefina, una

señora de edad avanzada de manos arrugadas, delgada, muy digna y que me quiso mucho, me fue a visitar y a exponerme el peligro que corría al escoger el “mundo” sobre Jesús, a meterme al Partido de los católicos; yo la verdad no entendía nada en que estaba el pecado, si estaba haciendo algo por mi país y tampoco estaba convirtiéndome en católica, pero con esa visita reafirme la decisión de no ser de esa religión.

Pasó el tiempo y me daba un poco de envidia que mis amigas comenzarán a ir a las confirmaciones en la Preparatoria y yo no tenía eso, en el receso cantaban alabanzas y yo ni sabía de qué hablaban, pero pues solamente me sentía relegada, más no motivada a meterme; hasta los 21 años. Fue en ese año cuando algo en mi corazón me dijo, necesitas ser parte de un rebaño, así que le hablé a mi mejor amigo (quien es católico) y le conté que quería bautizarme, pero no sabía por dónde empezar. El Abuelo (así le decimos) se vino desde Chihuahua capital a Cd. Juárez para hablar con un sacerdote y platicarle de mí y así me llevó con él, para que le platicara lo que ya escribí en el párrafo anterior y que me diera orientación, le dije lo importante que era para mi entender y estudiar, que no quería entrar solo porque sí, supongo que eso si se me quedó de los Testigos. Así que el Padre me invitó a un grupo de jóvenes llamados “Apóstoles de la palabra” que estudiaban la Biblia guiados por un psicólogo también joven y que se juntaban cada jueves. Ahí empezó mi jornada espiritual. Los jueves iba yo sin saber bien que esperar, a estudiar de historia antes de Cristo, de entender los antecedentes de la iglesia, de los idiomas que se hablaban, de porque creían en lo que creían, me encantaba ese grupo. Cantábamos, orábamos, leíamos la Biblia y estudiábamos, eso era justo lo que quería yo.

Pero a la vez, trabajaba para un jefe de religión mormona: de la Iglesia de los Santos de los Últimos días para ser exactos. Un día mientras veníamos viajando de un municipio de Chihuahua le pregunté que, si en que creían los mormones y me dio una versión condensada del tema, pero el lunes siguiente estaban dos misioneras tocándome a la puerta, enviadas por el hermano Jeffrey. Así que

mientras estudiaba los jueves con los apóstoles de la palabra, los lunes iban las hermanitas a la casa hablarme de como Jesús también visito América y como el Libro de Mormón tiene otro testamento importante. Luego, de esas veces que sin querer pasan las cosas, una amiga me invitó a una reunión de jóvenes cristianos, que se reunían a hacer oración y a cantarle a Dios, así que yo fui para conocer otra opción, pero la verdad no volví porque se me hicieron muy llorones y exagerados.

La cosa es que yo estudie mucho, sabía que me iba a bautizar bajo una religión que creyera en Cristo, pero no sabía en cual. Cuando las hermanitas mormonas me preguntaron que sí que pensaba de todo lo que me habían enseñado, les dije que me parecía bastante lógico y cuando me preguntaron que sí creía en Cristo, claro que les respondí que sí y entonces ellas comenzaron con el proceso del bautismo, mismo del que me enteré porque la esposa de Jeffrey me llamó llorando de la emoción y tuve que romperle su burbuja porque ese paso no estaba listo para dar.

Llegó el momento en que me fui a la Ciudad de México y dejé todo el proceso en pausa, a mi grupo de apóstoles, a mis cristianos y hermanitas mormonas, pero ya traía yo la idea de ser católica, pensaba: al final de todo, la Biblia que todos usan viene de la que la Iglesia juntó, si lo que sabemos de Cristo lo sabemos por esta misma iglesia corrupta, totalmente corrupta, pero al final de cuentas de ahí vienen. Y pensé, pues Jesús fue muy claro con Pedro de que sobre el edificaría su Iglesia, entonces está será mi iglesia. Y para ser muy honesta, creo que al final la Biblia es un libro, escrita por hombres imperfectos, interpretada por hombres imperfectos y predicada por estos mismos hombres, para mí ya la religión era un acto de fe, de decidir creer.

Así que cuando llegue a México, a vivir con la pareja de amigos que ahora son mis padrinos les pedí que me ayudarán a encontrar un grupo parecido al que pertenecía o al menos un sacerdote con el que pudiera yo seguir platicando y

externarle mis dudas y me llevaron con el Padre Roberto, que en ese entonces tenía 35 años. Cuando me abrió la puerta de la Casa de los Cruzados, en donde vivía dicha congregación me recibió con una sonrisa cálida y mucha alegría, aceptó ser mi Director Espiritual y así fue como empecé con el proceso de catequesis formalmente.

Iba cada semana a platicar con él, me dejaba de tarea lecturas, museos que visitar, música que escuchar, mucha cultura que entender. A veces llegaba yo muy segura de lo que había leído pero otras veces llegaba llena de dudas, mismas que nunca se negó a responder, lo que más trabajo le costó a esta mente de protestante fue la mentada Trinidad y la Virgen de Guadalupe, ¿cómo que una Virgen por cada pueblo? ¿Pues qué no fue solo una? ¿Y cómo que son lo mismo el Padre que el hijo? Pobre Padre Roberto, no sé si alguna vez se hartaría de tanta pregunta, pero siempre me respondía. Y después de 6 o 7 meses, decidió bautizarme. Mi mamá para ese entonces ya iba los domingos a una iglesia que se llama “Vino Nuevo” que es cristiana, sé que ahí le gustaba ir y fue hasta el final de su vida porque nunca se sintió juzgada y siempre se los voy a agradecer.

Mi bautismo fue un evento hermoso, el 5 de mayo de 2007 en la capilla “El pozito” de la Basílica de Guadalupe, el segundo templo en donde tuvieron la imagen de la virgen después del Tepeyac. La misa fue únicamente para mí, estuvieron mis amigos de allá, mis padrinos que ya se habían mudado a Guadalajara y que viajaron a apadrinarme, el Abuelo que también había formado parte de mi proceso fue mi padrino de confirmación, fue mi mami quien aunque no creía ya en la Iglesia, respetó siempre mi decisión de bautizarme, con lágrimas en los ojos de orgullo me vio recibir el sacramento; y mi querido Tío Aristófanés, al que aún recuerdo caminando en la explanada de la basílica con un traje negro impecable, con una cámara desechable para tomarme todas las fotos que le alcanzaron y que estaba ahí, como siempre, como muestra de apoyo a mis decisiones. Fue una misa muy bonita, el Padre habló de mi proceso y de mi curiosidad, me pidió que nunca me quitara la cabeza en la iglesia ni para nada más.

En la familia hubo pedo mundial, los hijos de la Tía Yolanda no se explicaban como mi mamá había dejado que yo, hija de mi madre, nieta de mi abuela (que ya había fallecido para entonces) hubiera permitido que yo me bautizara en la “ramera” como le llaman los Testigos de Jehová a la Iglesia Católica. A lo que mi mamá les respondió con un simple: ¿Pues qué no conocen a Artemisa? A mí nunca me importo lo que pensarán la verdad, la rebeldía ha sido siempre mi característica y tampoco estaba haciendo nada malo o que le diera vergüenza a ninguno de mis padres, así que me mantuve firme y aquí sigo.

Cuando pasó lo de mi mamá y tíos, me enojé mucho con Dios por tanta injusticia y tanto desamparo. El Padre Roberto para ese entonces estaba estudiando en Roma y venía únicamente unos meses al año, así que sentados en el Sanborns de los Azulejos, le platiqué de mi tragedia y de mi dolor, de mi coraje con el Dios que tanto había buscado y le pregunté si estaba fallándole a mi fe y él me respondió que no. Qué era justo esta libertad que tenía me permitía hacerlo y cuestionarlo, pero que él (Dios) entendía lo que yo estaba sufriendo, pero que tampoco podía ir en contra del corazón de una persona que ya había decidido a hacer daño, así fuera a mi madre o mis tíos.

Con el paso del tiempo fui entiendo que fue Dios quien me levantaba en las mañanas durante ese primer año, que fue Dios quien me daba fuerza y ánimo para seguir con una vida a la que ya tenía yo ganas de entrarle. Fue él quien me mandaba amigos a visitarme de lejos para ver cómo estaba, fue el quien acercó a mi papá y a mis hermanos a mi vida. Fue Dios quien me dio la claridad para buscar otras maneras de sanar además de la terapia, tal vez debí recurrir a un psiquiatra en ese momento, pero no lo podía pagar; así que empecé a ir a talleres de meditaciones en el Centro Budista, era la conejilla de indias de amigas que se iniciaban en terapias alternativas como el Tetahealing, iba a temazcales, en fin... todo eso siento que lo acercó Dios a mi vida.

Y así han pasado estos casi 11 años en que decidí bautizarme, 7 desde el sismo que me sacudió la vida, ha habido etapas en las que simplemente no tengo ganas de acercarme, madurado mi religiosidad de una muy apegada a lo que dice la doctrina, a una que he asumido yo, mis oraciones las escribo, mi relación con Dios la defino yo, ninguna institución. Han habido otras en las que lo necesito mucho, estoy ahora en un momento en donde me siento muy cerca de Jesús en especial, del Jesús humano que no sé supo EL Mesías, del hombre que abandona todo para seguir lo que siente que es su misión de vida, que se asume hijo de Dios, no porque el cielo se abriera y bajara una paloma como dice la Biblia, sino porque lo sintió en su corazón, el hombre que no quería morir, que se sintió abandonado por su familia, por sus amigos, el hombre que era terapeuta, que hablaba con la gente, que daba vida al hablar de Dios y que daba vista al hacer ver cosas que no siempre vemos. Ese Jesús es el que traigo ahora en mi corazón y a ese Padre amoroso que me tiene muy consentida a pesar de las pruebas que he tenido que pasar, a pesar del dolor y de la injusticia, sé que él me cuida, sé que tengo su favor y gracia, y estoy trabajando por verme como el me ve, perfecta y amada.